

Mahón 24 Febrero 1905

EL PORVENIR DEL OBRERO

Para los burgueses buenos

¿Qué piensan los burgueses de las reivindicaciones obreras?

Ciertamente hay burgueses ignorantes, brutales, que no atienden á otras razones que á las que les sugiere su bajo egoísmo. Verdaderos lobos humanos, defienden sus privilegios de clase contra toda razón y justicia. Van á su negocio por encima de todo y serían capaces de mirar con alegría el hambre de todo un pueblo si con esto pudiesen aumentar sus capitales.

Pero no todos los burgueses son así. Los hay que han cultivado su inteligencia y no tienen cerrado el corazón á los sentimientos generosos. Sin embargo, tampoco estos ocupan el lugar que les corresponde en las grandes luchas sociales. También estos defienden privilegios injustos y dañinos, aunque no brutalmente como los otros, y se oponen á las reclamaciones de los trabajadores, contribuyendo al malestar general.

Una gran distancia separa desde los primeros años los hijos de los ricos de los hijos de los pobres. Crecen los primeros rodeados de comodidades y atenciones, y llegan á ser hombres sin haber conocido el dolor de los días sin pan y de las noches sin abrigo. Han visto á los niños pobres en la calle y han aprendido á separarse de ellos, porque tal era el mandato de sus padres; han comprendido la situación de inferioridad de los criados y les ha parecido muy natural que estos les sirviesen, puesto que siempre se ha visto así; nunca se les ha ocurrido penetrar en las casas de los pobres con ojos de piedad para enterarse de como se vive en ellas; nunca se les ha ocurrido inspeccionar los dolores físicos y morales que amargan la vida de los desheredados de la fortuna.

Es difícil que quien vive en la abundancia se haga cargo de los sufrimientos que ocasionan á los demás las privaciones. Más fácil es acostumbrarse á considerar como natural el bienestar propio y como necesaria la desdicha ajena, mayormente cuando esta explicación la repiten á coro escritores á sueldo de la burguesía y sacerdotes que se atribuyen una inspiración divina. Estos son los que presentan á los obreros como malvados y envidiosos que sólo desean la destrucción de la sociedad.

Fiados en tales informes los burgueses que podrían ser buenos, no lo son en la práctica, porque ignoran que tengan razón los obreros, porque ignoran que lo que los obreros reclaman es su derecho á vivir como hombres, porque ignoran que la organización social á que los obreros aspiran es más justa que la presente, más perfecta, más racional.

No faltan burgueses que al oír hablar de huelgas se escandalizan, sin considerar que

los obreros emprenden esas luchas para conseguir algo que es mucho menos de lo que por derecho les corresponde, menos de lo que podrían darles los patronos sin perjudicarse, aun dentro del régimen actual. Generalmente luchan por un pedazo de pan que les niega la avaricia, por un poco de dignidad que no les concede la soberbia de sus dominadores. Para comprender esto es preciso saber como vive el obrero en nuestra sociedad: peor que el caballo del señor, peor que el perro faldero de la señora. El obrero no come como debiera, porque su jornal no alcanza; el obrero no puede reponerse de la fatiga del trabajo, porque no se alimenta bastante y porque trabaja demasiado; el obrero desconoce los placeres de la vida, las satisfacciones que hacen la vida agradable, porque le falta dinero y tiempo. El obrero vive bajo la amenaza constante de la falta de trabajo que le llevará á la miseria, de la enfermedad que le llevará al hospital, de la vejez que le llevará á la mendicidad.

Y sobre todo, el obrero vive despreciado. ¿Es posible que algún burgués lo ignore? A pesar de todas las predicaciones de la democracia política, entre el hombre que trabaja con sus manos y el que vive del trabajo ajenos continúa abierto el abismo de la división de clases; no se considera *persona decente* al que viste blusa y alpargatas; muchos que se tienen por buenos é inteligentes se ofenderían si les tratase de igual á igual su zapatero, su cochero, ó su gañán.

Evidentemente esto no es justo; evidentemente esto no es tolerable. Los obreros conscientes que se rebelan contra el actual estado de cosas, contra la miseria física y moral que envilece á una gran parte de la humanidad, tienen razón sobrada y merecen que todos los hombres de corazón y de entendimiento les ayuden.

Algunos reconocen la justicia de lo que piden los trabajadores; sólo que desaprueban la violencia de los procedimientos. Pero estos ¿por qué se empeñan en desconocer la historia de la humanidad? Si siempre los poderosos han desatendido las súplicas, si no han sido escuchados jamás los llamamientos de los humildes ¿no es natural que ya estos procuren reclamar por la fuerza lo que por la fuerza y contra todo derecho se les niega?

La revolución social aparece violenta y amenazadora; pero ¿podría ser de otro modo? ¿Quién tiene la culpa, por ejemplo, de las violencias con que ha comenzado la revolución rusa? ¿La tiene acaso el pueblo, víctima de la tiranía más infame, tratado á golpes de *knout*, hambriento, humillado, sometido á un régimen de terror y de violencia perpetua?

Los trabajadores conscientes se consideran con derecho á la vida, con derecho al bienestar; si violentamente se les niega ese derecho ¿qué otra cosa pueden hacer sino rebelarse?

Aquéllos de entre los burgueses que reconocen los males de la sociedad actual, los que por ser mejores ó más inteligentes comprenden que la situación de los trabajadores no debe continuar ¿acaso no comprenden también que el actual régimen sólo se sostiene por medio de la violencia? No hay, pues, sino escoger entre la violencia de los que quieren continuar oprimiendo y la violencia de los que quieren libertarse. Así está planteada, inevitablemente, por la fuerza misma de las cosas, la cuestión social.

Los privilegiados, los amos, los poderosos quieren mantener violentamente, brutalmente, sus privilegios, su opresión sobre los humildes. Estos se van cansando ya de vivir miserablemente sometidos y resignados. Es preciso decidirse por los unos ó por los otros.

No se puede ser bueno y negarse á reconocer la justicia. ¿Por qué no reflexionan un poco los burgueses que poseen algún entendimiento y corazón generoso? Seguramente entonces les causaría más horror el orden dentro de la injusticia y la iniquidad que actualmente reina, que todas las posibles violencias de una revolución reivindicadora, y se convertirían en verdaderos revolucionarios, no ya por indignación, sino por inteligente bondad.

Hay que devolver...

En los labios, tanto tiempo rígidos, del señor Gerónimo, apareció una sonrisa de infinita ternura. Llamó á Pablo por señas, le hizo sentarse lo más cerca posible, al borde del lecho. Para él, sobre todo, quería hablar, para el último de los Qurignon, cuya raza podía reflorar y dar todavía frutos excelentes. Viéndole muy conmovido por aquel último adiós, quiso tranquilizarle con sus ojos de abuelo enternecido para quien la muerte era dulce, pues iba á legar á su biznieto la herencia de su larga vida, un acto de bondad, de paz y de justicia.

Después, por fin, habló, silenciosamente escuchado por todos. Volvió la cabeza hacia Boisgelin y repitió primero las únicas palabras que el criado le había oído claramente.

—Hay que devolver, hay que devolver... Y viendo que dudaban, sin comprenderle, se volvió hacia Pablo y dijo con más fuerza:

—Hay que devolver, hijo mío, hay que devolver... Susana sobrecogida, había cambiado una mirada con Lucas, que también temblaba. Entre tanto Boisgelin, con angustia y miedo, fingía creer que se trataba de alguna divagación del anciano. Susana preguntó:

—¿Que quiere usted decir, abuelo, y qué es lo que tenemos que devolver?

La voz del señor Gerónimo se hacía más clara y fácil.

—Todo, hija mía... Allá abajo hay que devolver el «Abismo». Aquí hay que devolver la «Guerdache». En la granja hay que devolver las tierras... Hay que devolverlo todo, porque nada debe ser nuestro, por que todo debe ser de todos.

—Pero, abuelo, explíquese usted, ¿a quién hay que devolverlo?

—Ya lo he dicho, hija mía,... A todos. Nada de lo que hemos creído nuestro, lo es. Si estos bienes nos han envenenado, nos han destruido, es porque eran de otros... Por nuestro bien, por el de todos, hay que devolver, hay que devolver...

Y hubo una escena de soberana belleza, de grandeza incomparable.

No siempre encontraba las palabras, pero el gesto acababa el pensamiento. Lentamente, en medio del silencio sagrado de todos, consiguió que le entendieran. Todo lo había visto, oído y comprendido; y como Susana había esperado con ansia temblorosa, todo el pasado volvía, toda la verdad del pasado terrible que salía en ola inmensa de aquel testigo tanto tiempo mudo, impasible, emparedado en su prisión de carne. Parecía no haber sobrevivido á tantos desastres y á tanta gente más que para sacar de todo un gran ejemplo. El día del despertar, antes de trasponer la vida, desenvolvía su largo suplicio de hombre que después de haber crecido en su raza, dueña del imperio fundado por él, había durado bastante para ver la raza y el imperio arrebatados por el viento del porvenir. Y decía el por qué; juzgaba y repasaba.

Primero fué el obrero tirador, el primer Qurignon, que creó el Abismo con algunos camaradas, tan pobre como ellos, pero más diestro y económico, sin duda. Luego él, el segundo Qurignon, que ganó la fortuna, los millones amontonados en obstinada lucha, héroe de la voluntad, de constante esfuerzo inteligente; pero si había hecho prodigios de actividad y de genio creador, si había ganado el dinero por comprender admirablemente las condiciones de la producción y de la venta, bien sabía que era porque había llegado á tiempo, á la hora de recoger el fruto preparado por largas generaciones de trabajadores que obraban dentro de él y en él mostraban su fuerza y su triunfo. ¡Cuántos aldeanos sudando sobre la gleba, cuántos obreros gastados por la herramienta habrían sido necesarios para llegar á estos dos primeros Qurignon conquistadores de la fortuna! En ellos se había pintado el rudo anhelo de luchar, de enriquecerse, de subir en la escala social, la emancipación lenta del miserable, encorvado por su faena, en la servidumbre. ¡Al fin llegaba un Qurignon bastante fuerte para vencer, para escapar del calabozo, adquirir la riqueza tan deseada y ser rico, un señor á su vez! Y enseguida, en dos generaciones, la descendencia peligraba, volvía á caer en las luchas dolorosas, debilitada ya por los goces, devorada por ellos como por una llama.

—Hay que devolver, hay que devolver, hay que devolver...

Venía luego la historia de su hijo Miguel, el manirotto suicida; después Felipe, muerto en duelo; Laura, la infecunda, la mística extinguida en el convento. Después los dos nietos, Andrés, raquíctico, medio loco, muerto en un hospital; Gustavo aplastado en Italia, robando antes á su padre, el suicida, la amante y el dinero. Y, en fin, venía su nieta Susana, la cariñosa, la de gran juicio, tan querida, cuyo marido, Boisgelin, consumaba la ruina. Cenizas era el Abismo aun caliente, vengador de locuras y mancillas. La Guerdache, donde había esperado ver pulular á su raza, era un desierto, con sus salones vacíos, su triste Parque á través del cual sólo pasaba el pálido fantasma de la envenenadora, de la corruptora, de Fernanda. Y en tanto que los suyos acababan así, había visto levantarse enfrente una obra nueva, la Crécherie, ahora floreciente, llena de vida por el porvenir que traía consigo. Sabía todo porque lo habían visto sus ojos claros, en sus continuos paseos, en horas de

muda contemplación delante del Abismo, al sentir los trabajadores, delante de la Crécherie, cuyos antiguos obreros, desertores de su casa, le saludaban; delante del Abismo, otra vez, durante la mañana en que de esta casa tan querida sólo quedaban humeantes escombros.

—Hay que devolver, hay que devolver, hay que devolver...

Esta exclamación que sin cesar lanzaba en el flujo de lentas palabras, cada vez con más energía, era la consecuencia de los hechos desastrosos que tantos sufrimientos le habían causado. Si todo estaba hundido era porque la fortuna, hecha con el trabajo ajeno, se envenena á si propia y á todos. El placer que procura es fermento destructor, envilece la raza, desorganiza la familia, trae dramas abominables. La culpa de los Qurignon trabajadores consistía en haber creído que podían, por su propio bien, apoderarse de la riqueza creada por los brazos de los compañeros. La riqueza, al fin, era el castigo. Nada más inmoral que presentar como ejemplo el obrero enriquecido y convertido en patrono, dueño soberano de miles de hombres encorvados por el trabajo, sudando el dinero con que él triunfa. Cuando se dice: «con orden y con inteligencia ya véis que un simple herrero puede llegar á todo», no se hace más que empujar á la iniquidad, agravar el desequilibrio social. La dicha del elegido está hecha con la desdicha de los demás. Un camarada que sube y se hace amo, cierra el camino á millares de camaradas, vive en adelante de su miseria. Y muchas veces su misma fortuna, desproporcionada, presurosa, lo mata. La única verdad era volver al trabajo salvador, al trabajo de todos, ganando cada cual la vida, no debiendo la alegría más que á su inteligencia y á sus brazos.

—Hay que devolver, hay que devolver...

Hay que devolver porque se muere de robar. Hay que devolver porque es la única manera de curarse. Por justicia, por interés personal, porque el bien de cada uno está en el bien de todos. Hay que devolver para sentirse bien, para tener una vida sana y feliz en medio de la paz universal. Hay que devolver, pues si todos los conquistadores injustos que detentan la fortuna pública devolviesen mañana lo que derrochan para sus placeres egoístas, los grandes señoríos, las grandes explotaciones, las fábricas, los caminos, las ciudades, vendría la paz enseñada con el amor y la abundancia, sin que quedara un solo miserable. Hay que devolver, hay que dar ejemplo para que aprendan los ricos.

—Hay que devolver... No guardarás nada; darás este parque á los antiguos compañeros, para que sea su recreo en los días de fiesta, y para que sus mujeres y sus hijos se paseen, y gocen horas de alegría y de salud bajo los hermosos árboles. Darás también la casa, esta morada inmensa, que no hemos sabido llenar, á pesar de nuestro dinero, y quiero que sea para las mujeres, para los hijos de los obreros pobres. Se les acogerá, se les cuidará, cuando estén enfermos ó simplemente cansados... No guardes nada, dalo todo, dalo todo, Pablo, hijo mío, si te quieres librar del veneno. Y trabaja, vive sólo de tu trabajo, busca la hija de un antiguo compañero que trabaje todavía, hazla tu esposa, ten de ella hijos hermosos que trabajarán, que serán justos y felices, que tendrán otros hijos hermosos, para el eterno trabajo futuro... No guardes nada, hijo mío, devuélvelo todo, es la única salvación, la paz y la alegría.

Todos lloraban; jamás sobre almas humanas había pasado un soplo más bello, más grande, más heroico. Por él, la estancia tenía ahora algo de augusta. Y los ojos del anciano que la había llenado de claridad seguían apagándose poco á poco, mientras su voz se hacía también más opaca, volvía al eterno silencio. Había cumplido su obra sublime de reparación, de verdad y de jus-

ticia, ayudando á la felicidad que es el derecho primordial de los hombres. Y murió por la tarde.

EMILIO ZOLA

El placer de los dioses

Al lado de la casa en que vivo—ó en la que vive mi compañera, porque yo vivo casi por completo en la redacción—hay un solar y en el solar una fragua.

Todas las mañanas, en punto de las siete, me despierta un redoble de martillo sobre el yunque sonoro, tintineo agradable, campana del trabajo, diana simpática que me vuelve á la vida, y á la lucha, y al agetreo diario.

Poco después estoy en la calle, arrebujaado en mi capa, zapateando sobre las piedras heladas, encanecidas por la escarcha.

Allí cerca se levanta un palacio, fábrica amazacotada y severa, mole de piedra y ladrillo, con una gran terraza cubierta de cristales y dos grandes puertas, una en cada extremo de la fachada, monumentales, con gran dintel, con delicados ornamentos de talla en el mármol y en el roble.

Todos los días observo el mismo espectáculo: un hombro de proveccta edad, canoso bigote, luengo mandil y formidables manazas, agita un escobón gigante, barre el suelo, sacude las puertas y cumple su misión con la gravedad bajuna de lacayo de casa grande.

A los transeuntes de infantería, que pasamos tiritando de frío, nos mira por encima del hombro y nos arroja el polvo que el viento acumuló sobre las portaladas del edificio confiado á su custodia de cancerbero.

Es todo un animal el arrogante portero del conde.

* *

Anoche volvía yo á mi nido, á la hora en que le abandonan los mochuelos, y pasé por delante del palacio.

La puerta principal del edificio, aunque cerrada, dejaba ver el hueco de un postigo, por el que no puede pasarse sin hacer una obligada reverencia.

La otra puerta estaba cerrada por completo.

Detrás de mí, pisándome los talones, á paso de lobo, llegaba un golfito, uno de tantos hijos del arroyo, mugriento y astroso, alegre como un rayo de sol, sucio como un muladar, encogido, descalzo, cara de mueca, ojos de malicia, saltando como un bufón que hace sonar sus cascabeles.

Tarareaba una canción de organillo, acompañada de un repiqueteo sobre el bote, vacío entonces, de colillas.

Cuando hubimos llegado á la puerta cerrada del palacio, á la vez que yo saltaba para no empaparme en un lodazal que cruzaba la acera, advertí que el golfito se paraba en seco é interrumpía su canción y el repiqueteo de sus dedos sobre el improvisado tamboril de hojadelata.

Volví la cara y contemplé la suya, alumbrada por la reverberación del farol inmediato, llena de un asombro infantil, doloroso y picaresco.

Se había detenido en una actitud digna del cincel, sobre un pié, levantada la mano izquierda como perro de caza que da la muestra, hundida la cabeza entre los hombros, fija la mirada en el amplio dintel del portalón cerrado.

—¡Me c... en Dios! ¡Pues no me han meado la cama esos perros!

Y era verdad. El hombro aquel, que yo veo todas las mañanas engualdrapado en un chaquetón confortable y metidas las patas en pantuflas de orillo, había inundado de agua la cama de los golfos.

* *

¡Pobre golfito!

Hay semanas que no tiene uno dos pesetas disponibles. Yo había metido la mano en mi bolsa y la encontré tan vacía como el bote de colillas que llevaba el golfo.

Entonces me acordé de aquel artículo de Corominas donde habla de sus anchos hombros, de sus fornidas espaldas, de sus puños poderosos.

También yo tengo los hombros y las espaldas y los puños como Corominas. Si eso es un mérito lo proclamo; si son armas para la lucha las esgrimiré.

De buena gana hubiera llamado al portero y le hubiera hinchado los morros por miserable, sin corazón ni compasión.

¡Pedazo de bruto! ¿Qué daño pueden hacerle á él ni al palacio, los golfitos que durante la noche se amparan en el dintel de la puerta accesoria? ¿Acaso los piojos viven en el granito? ¿Acaso de noche necesita el palacio señorial lucir su fachada sin ornamentos de miseria?

A todo esto, el golfito había tomado una resolución heroica, una venganza apocalíptica.

Subió sobre la ancha piedra del dintel, descinóse una cuerda que circundaba su cintura, cayeron naturalmente y sin esfuerzo los amplios calzones del tunante, dobló el desmedrado cuerpecillo, todo sobre las piernas, bien separadas, y atisbando con un ojo la puerta de más abajo, por sí aparecía súbito el cancerbero, hizo con el de atrás, entre estampidos de una fonética inimitable, y sin género alguno de metáfora, lo que antes hiciera metafóricamente con una blasfemia de sus labios infantiles, en el Dios impío que mata á los pobres golfos de frío y cobija guapamente á los porteros canallas y brutos.

Enseguida desapareció una de sus manos no sé dónde, sacóla con el índice extendido, y sobre el marmol pulido de la jamba trazo un jeroglífico y pasó por debajo, á guisa de rúbrica, un rasgo enérgico de maravillosa y pura caligrafía.

Después huyó, restallando la honda, cogidos los calzones con la mano izquierda, gritando con bárbaros graznidos su venganza de pillete, azotado por el cierzo que venía calle abajo, levantando remolinos de polvo sucio.

—Anda, hijo de perra. Tú me has meado la cama, pero ahí te dejo mi tarjeta.

* * *

El hecho es exacto, y no digo histórico porque la crónica no se ocupa de las infamias de los porteros.

Esta mañana, en punto de las siete, me despertó la diana del trabajo, de un trabajador matutino que entona á la hora del alba de invierno su canción cotidiana, golpeando con el martillo sobre el yunque.

Poco después estaba yo en la calle y llegaba delante del palacio señorial.

Me he reído mucho, con toda mi alma.

El hombro aquel, con su gualdrapa confortable y las patas metidas en pantuflas de orillo, arrimado al dintel del portalón accesorio, rascaba furiosamente con una bruza la jamba de mármol, innoblemente pintada con un bárbaro jeroglífico.

Y al pié, destacándose sobre la ancha piedra blanca, bruñida por una capa de hielo, estaba todavía la pelotilla del escarabajo, pregonando la venganza atroz y truhanesca del hijo del arroyo.

El bellaco del portero trabajaba afanoso y como avergonzado de aquella flor de lis que había manchado el escudo señorial del conde, su amo.

Y como me viera sonreír al paso, me dirigió una mirada furiosa y se apretó á la jamba con la bruza, rascando fieramente.

Y yo me alejé pensando que, al menos, si el golfo no había tenido anoche buena cama, tuvo buena venganza.

A. LERROUX

Los pueblos, más ilustrados ya, ejercerán libremente el derecho de disponer de su sangre y de sus riquezas; aprenderán poco á poco á mirar la guerra como el azote más funesto, como el mayor de los crímenes. Entonces se verán desaparecer las naciones que los usurpadores de la soberanía conducían en virtud de falsos derechos hereditarios.—CONDORCET.

Cualquiera tiempo pasado fué mejor

—Mlle. Préfere es una señorita bien educada, dijo el notario, lo que no deja de ser raro en los tiempos que corremos. Todo ha cambiado actualmente, y esta época es inferior á las precedentes.

—Por ejemplo mi escalera, le respondí; hace veinte años se dejaba subir lo más fácil del mundo, y ahora me sofoca y me rompe las piernas; se ha depravado. También los libros y los periódicos que antes devoraba sin esfuerzo á la luz de la luna, hoy en plena luz del sol se burlan de mi curiosidad y no distingo las letras si no es con el auxilio de los anteojos. La gota entorpece mis miembros; esta es también una malicia de los tiempos.

—No es sólo esto, caballero, insistió el notario; lo que hay realmente malo en nuestra época es que ninguno está contento de su posición. De arriba abajo de la sociedad, reina en todas las clases un malestar, una inquietud, una sed de bienestar...

—¡Por Dios! repliqué, ¿creéis que esa sed de bienestar sea un signo de los tiempos? Los hombres no han sentido en ninguna época el apetito del malestar. Siempre han buscado su mejoramiento y este esfuerzo constante ha producido constantes revoluciones. Hoy día continúa, y esto es todo!...

ANATOLE FRANCE

Biblioteca de

«El Porvenir del Obrero»

En los primeros días de la próxima semana pondremos á la venta el folleto de Elíseo Reclus LA ANARQUÍA.

Su precio es el mismo de los anteriormente publicados por nosotros, ó sea, 15 céntimos ejemplar. A los corresponsales el 33 por 100 de rebaja.

Carnaval

La tradicional fiesta se aproxima, los grandes días de los imbéciles se acercan. Momo, como Baco, tiene sus adoradores; los de éste, son los borrachos, los de aquél, los idiotas. Los días destinados al culto de Baco, son los domingos de todo el año, los destinados al culto de Momo se llaman Carnaval.

Los idiotas gustan aparecer como astutos; los borrachos, como serios y equilibrados, cuya aspiración los vende. El borracho tambaleándose busca permanecer firme; el imbecil busca encubrir los rasgos que le caracterizan; y si el primero consigue un porrazo, el segundo conquista una sonrisa y triunfa la máscara.

Un estúpido viste el traje de payaso, se embadurna la cara, sale á la calle, y moviéndose con la naturalidad que le es propia, parece un *jumentillo* y todos los que siempre le despreciaron, se vuelven obsequiosos con él, le acompañan, le toman cariño... y después acaban por tomarle el pelo.

Hay seres que se dejan arrastrar por la conocida *ley de la imitación*, y viendo que otros se divierten, corren y gritan, pero se encuentran un gran escollo en su camino: el de que no tienen un céntimo; para conseguir hacer aquello que otros hacen; comienzan por privarse dos ó tres meses antes de Carnaval de lo necesario para su subsistencia y logran disfrazarse y hacer reír á los burgueses que se pasean derrochando á manos llenas el producto del trabajo de miles y miles de familias obreras que carecen hasta de lo más indispensable para la vida, y estos son los que verdaderamente se divierten, pues los demás no hacen otra cosa que el papel del oso.

El Carnaval, como toda fiesta tradicional, es un bofetón á la miseria; el hambriento, el obrero sin trabajo, encadenado al carro

de la tiranía, llora, mientras ante la puerta del palacio que habita pasa el satisfecho, el bolsista, el derrochador, el que nada produce, el parásito, riendo, saltando y gritando, lo mismo que la fiera después de haberse tragado á su víctima.

Lamento profundamente el que estos seres no se preocupen en imitar el ejemplo de los muchos trabajadores que tienen en su mísera habitación libros, folletos y periódicos, que les proporcionan una distracción conveniente.

¿Ignoran tal vez que no basta nutrir el vientre, sino que es necesario también nutrir el cerebro, porque sin esto el cuerpo no es equilibrado? Por qué entonces no se dejan arrastrar por esa *ley de la imitación*, hacia lo bueno, como lo hacen para lo malo?

Ante estas preguntas inescusables, esos desgraciados callan y se quedan cabizbajos, esforzándose los más atrevidos para decir. «¡Nuestros medios pecuniarios no nos alcanzan á mantenernos *ese lujo!*»

¡¡Ah!!... ¿Y cómo os alcanzan vuestros medios para acudir á las corridas de toros, para frecuentar las tabernas, las agencias de lotería, los prostíbulos, las orgías llamadas bailes y los carnavales, para el sostenimiento de la infame patria burguesa, y de una religión estúpida, y otras mil vanidades que os abruma, que os aplastan y os denigran?

A estos razonamientos, el silencio se hace profundo; y si se altera es para imprecicar y maldecir al que se atrevió á decir la verdad.

Pero nunca falta quien les diga: no maldigáis, queridos hermanos de infortunio, y aprestaos á cumplir con vuestro primordial deber; armaos de las armas del libro, folleto y del periódico defensor de vuestros intereses; uníos y veréis que la asociación es también un arma purificadora de vuestras malas pasiones. La unión y la instrucción serán las únicas armas destructoras de toda tiranía, de toda injusticia y de todos los males que os aquejan, y la burguesía, patronismo, gobernantes, fronteras, capital, clero y ejército, cargas que sobre vosotros pesan y que os impiden seáis felices desaparecerán por completo con la unión y ejemplo de ese número de campeones que os facilitan tan hermosas iniciativas para esclarecer vuestras mentes, para haceros comprender el bien y el mal, para que sepáis lo que es deber y derecho del hombre, y que las consecuencias de vuestra apatía son vuestros mismos sufrimientos.

Estas armas ó medios de lucha, no matan ni hieren á los oprimidos como las necias fiestas á que os entregáis, sino exclusivamente á los parásitos y opresores de todas clases y categorías.

FRANCISCO GUERRERO MORENO

Enseñanzas antialcohólicas

EMBRIAGUEZ

El hombre que bebe con exceso se embriaga. Su lengua es pegajosa, expresa penosamente ideas estúpidas; sus piernas no pueden mantenerle ya derecho, vacila y á menudo cae. Con frecuencia su estómago intenta librarse por vómitos del veneno absorbido. Le acosa una violenta gana de dormir. Su sueño es pesado; al despertar sigue su boca pegajosa y sufre una sed difícil de satisfacer. La cabeza está fatigada. El beodo de ayer dice que está mal de cuerpo. No se repondrá de su *envenenamiento* sino después de uno ó dos días.

La embriaguez es esto: un verdadero *envenenamiento*.

He ahí, sin embargo, el singular placer que rebuscan muchos individuos, que no son borrachos, pero que se figuran que eso de emborracharse de tiempo en tiempo es meritorio y glorioso, ó cuando menos dispensable. ¿Hay, empero, nada más vil, que transformarse así, voluntariamente, en un inmundito bruto?

Extensión Universitaria

El señor Pérez de Acevedo dió una notable conferencia sobre *la ley de herencia*.

En virtud de esa ley natural todos los seres dotados de vida tienden á reproducirse, transmitiendo las modificaciones adquiridas por la acción del medio y de la educación.

Desde la antigüedad los hombres han conocido la importancia de la herencia, y aun la exageraron, fundando en ella la división de castas y clases y el derecho hereditario de los privilegios políticos y económicos.

Las observaciones para fijar el cómo y el por qué se realiza este fenómeno han sido hasta hoy muy deficientes; pero numerosos hechos comprueban la trasmisión hereditaria en lo físico, en lo intelectual y en lo moral.

Por la herencia física se distinguen las familias y las razas que presentan rasgos característicos en su fisonomía, color, pelo, resistencia al calor ó al frío, así como en la estatura y en la longevidad de algunos de sus individuos. El ejemplo más conocido de la persistencia de los caracteres de una raza á través de los medios más opuestos lo constituyen los judíos en todo el mundo y en España los gitanos. Merece también citarse: la reducción de las mandíbulas del hombre civilizado, la ceguera de los animales que viven en cuevas oscuras, miopía de las familias de grabadores y relojeros, inferioridad de los sentidos de los europeos respecto de los salvajes, etc. Muchas enfermedades se consideran también hereditarias.

La herencia psíquica se demuestra principalmente en la transmisión de los instintos, que en muchos animales persisten después que el cambio de medio los ha hecho innecesarios. También los hombres ejecutamos por atavismo muchos actos que ya no tienen razón de ser.

Demostrando la herencia intelectual señaló el conferenciante familias conocidas en la historia de las ciencias y artes, citando especialmente la familia del músico Sebastián Bach que dió 57 músicos, 29 de ellos eminentes, en ocho generaciones.

La herencia moral se demuestra más difícilmente, por causa de la educación y por otra causa que no dijo el conferenciante: por la falta de un criterio constante que distinga positivamente los actos buenos ó morales de los malos ó inmorales. Lo que en realidad puede transmitirse son las cualidades de astucia ó de violencia, por ejemplo, pero no el hecho de ser ladrón ó asesino, que depende por regla general de las circunstancias. Así se explica como de la colonia penitenciaria de la Australia, ha descendido una población que sobresale por su moralidad y cultura, desde el momento en que la abundancia de aquel país ha permitido á los hijos de los criminales satisfacer sus necesidades pacífica y honradamente. El caso de los *criminales natos* tampoco puede citarse, porque en estos no se trata de cualidades morales, sino de degeneración física.

La herencia obedece á la ley universal de la conservación de la energía. Nada de lo que ha sido puede dejar de ser en absoluto. La herencia desempeña en la especie el papel que la memoria y el hábito en el indi-

viduo. El ideal, en su lucha con el medio, crea; la herencia conserva, asegura en la especie el progreso realizado.

El señor Acevedo continuará sus interesantes lecciones.

* * *

El próximo sábado dará D. Pedro Balles-ter la quinta conferencia sobre *Derecho usual*, tratando de los *Modos de adquirir la propiedad*.

Rusia

Aunque la prensa reaccionaria se afana en presentar como fracasado el movimiento revolucionario, cada día llegan noticias que demuestran la impotencia del gobierno ruso para contener el empuje de la revolución.

El atentado contra el gran duque Sergio, muerto en las calles de Moscou, pone de manifiesto la gran osadía de los revolucionarios, decididos á luchar hasta el fin.

Pero más grave es el efecto moral que el atentado ha producido en la misma Moscou, en Sanpetersburgo y en todas las ciudades rusas. El pueblo revolucionario ha tomado nuevos bríos y se han celebrado mitines y manifestaciones que las autoridades no han podido impedir. En Sanpetersburgo se reunieron centenares de estudiantes y marcharon en manifestación por las calles destrozando un retrato del Czar y vitoreando á los ejecutores del atentado contra el gran duque.

Sin pecar de optimistas, puede asegurarse que la revolución ya no fracasará; el despotismo tradicional de los czares ha caído para siempre.

El peligro para el pueblo ruso está en que le engañen, como han engañado tantas veces á los pueblos de toda Europa, con promesas de reformas y de gobiernos parlamentarios, que serán un progreso, indudablemente, pero que no satisfarán los deseos populares.

Continúan en todas las naciones civilizadas las manifestaciones á favor del pueblo ruso y en contra de sus opresores. No es de temer por ahora que ningún gobierno intente auxiliar á los déspotas rusos; pero conviene no descuidarse por si alguno quisiera intentarlo.

También parece que va á terminar la horrible carnicería de la guerra con el Japón. Aunque esto sólo se lograra, ya sería un triunfo grande para los revolucionarios y un ejemplo que deberán imitar todos los pueblos cuyos gobiernos proyecten enviarlos á la matanza.

Contra los pueblos que tengan conciencia de su fuerza, los malvados gobernantes nada podrán.

Biblioteca de

«El Porvenir del Obrero»

- 1 **La Ganancia**—*Consideraciones generales según el criterio libertario*, por Anselmo Lorenzo, 15 céntimos.
- 2 **El Patrimonio Universal**—*Conferencia sociológica*, por Anselmo Lorenzo, 15 céntimos.
- 3 **La Anarquía**, por Eliseo Reclus, 15 céntimos.

Liga Antituberculosa

La tómbola y la función teatral á beneficio de la Liga Antituberculosa de Menorca, tuvieron el mayor éxito; se recaudaron 5.561'70 ptas.

De modo que la institución del Dispensario puede ya considerarse un hecho.

Para realizar los fines que se propone la Liga Antituberculosa, lo primero que hacía falta era dinero; sin embargo, el dinero no lo es todo.

Ahora hace falta que las personas que han demostrado tomar interés en asunto de tanta trascendencia, no se contenten con lo hecho, sino que procuren enterarse de las necesidades de los enfermos tuberculosos y de sus familias, de la alimentación, de la higiene de las casas, de las camas, de las ropas, etc., etc.

Sin muy buena voluntad para enterarse y para procurar llevar los remedios personalmente donde hagan falta, lo hecho será muy poco y el resultado nulo. Se habrá logrado montar una nueva oficina, y nada más.

Cuando se quiere hacer un bien, se ha de poner en ello el sentimiento y la actividad personal.

Acto civil

Nuestros compañeros Juan Ferrer y Antonia Sastre han registrado civilmente una preciosa niña con el nombre de Palmira.

PAPEL IMPRESO

Le Dogme et la Science—Croire et savoir, Comunicación al Congreso Universal del Libre-Pensamiento de Roma por el Dr. Victor Lafosse, profesor del Instituto de Altos Estudios y de la Universidad Nueva de Bruselas.

Precio 10 céntimos.

Dirigirse al Secretario de l' Université Nouvelle, 28, rue de Ruysbroek, Bruxelles (Bélgica)

Hemos recibido los cuadernos 19 y 20 de la célebre novela de Eugenio Sue *Los siete pecados capitales*, esmeradamente editada por el impresor D. Luís Tasso, de Barcelona.

Cuaderno de 32 páginas y láminas de regalo, cuesta 15 céntimos.

La Revista Cooperativa Catalana correspondiente al mes de Diciembre publica el siguiente sumario: *Suprema finalidad de la Cooperación*; por Catherine Webb. Traducción por J. S. A.—*Escuelas de Cooperación en Alemania y en Austria*; por Alfred Nast.—*El Alcohol*; por el Doctor Toulouse.—*La Cooperación y la gente del campo*; por Juan Salas Antón.—*Impresiones sobre la Cooperación en Francia*. *Cooperativas de producción*; por R. Ampurdanés.—*La Cooperación*, por M. Renté.—*Comercio Cooperativo al por mayor—Sección Administrativa*. *Suscripción voluntaria permanente*.

CORRESPONDENCIA

Zaragoza.—J. D. Enviamos un paquete desde este número á P. C. y medio á P. P., según nota que nos envía T. C. Servimos suscripción á E. A. de P.

El Porvenir del Obrero

Suscripción: Trimestre 1 pta.
Paquete de 25 ejempls. 75 cént.
Número suelto 5 »

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Castillo, 59. Mahón (Baleares).

Imprenta de «El Porvenir del Obrero»